

Decena Trágica: deconstruir mitos y argumentar interpretaciones

Josefina Mac Gregor*

Rebeca Monroy Nasr y Samuel L. Villela F. (coords.), *La imagen cruenta: centenario de la Decena Trágica*, México, Secretaría de Cultura-inah, 2017, 342 pp.

En el 2013, en el marco de las conmemoraciones revolucionarias, en la Ciudad de México se organizaron varios eventos colectivos para recordar el centenario de la Decena Trágica, y, a partir de allí, —entendiendo—, reflexionar sobre tan ominoso proceso que lastimó severamente el desarrollo cívico de México. Derrocar militarmente a los mandatarios electos legal y democráticamente, y luego asesinarlos, dejó cicatrices en la vida política nacional que no ha sido posible restañar del todo.

Pude asistir a tres de esos programas, uno en calidad de ponente y dos para escuchar lo que ahí se decía. Así, antes de leer el libro que hoy reseñamos, escuché la ma-

* Facultad de Filosofía y Letras, unam.

yoría de las ponencias que se presentaron en el Coloquio Académico y Exposición Fotográfica “La Imagen Cruenta: Centenario de la Decena Trágica”, que se celebró el 7 y 8 de febrero de 2013 en la sede de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (deh-inah), y que dio forma al libro. Y que ¡casi cinco años tardó en publicarse! Dato para el Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (sni-Conacyt), que tanto exige a los académicos, o que “nuestros pares” no toman en cuenta al evaluarnos. Pero lo que yo quiero destacar es que durante el coloquio tuve la inesperada oportunidad de conocer a Rebeca Monroy Nasr, extraordinaria académica con la que afortunadamente he podido trabajar posteriormente para seguir comprobando sus méritos como investigadora, así como su generosidad y entusiasmo, cualidades que descubrí esos días. Ahora le agradezco su invitación para *La imagen cruenta*, que coordinó junto con Samuel L. Villela: realizaron un excelente tra-

El fotógrafo es el ser contemporáneo por excelencia; a través de su mirada, el ahora se vuelve pasado.

Berenice Abbott, fotógrafa (1898-1991)

bajo editorial, incluso novedoso, ya que, por ejemplo, para respetar la interpretación de los autores, repitieron imágenes.

Es muy difícil presentar un libro en el que participan numerosos autores, porque los temas son diversos, la profundidad de los resultados es dispar, y porque corre uno el riesgo de ocuparse de los asuntos que mejor se conocen o que más le agradaron, o bien, ser injusto y carecer de rigor para ponderar adecuadamente sus aportes. Lo que es evidente es que no hay espacio suficiente para analizar todos con detalle, cosa que, por otra parte, no es el propósito de una reseña. Ojalá pueda ofrecer una idea del libro, de la que resulte una invitación a leerlo.

La obra consta de 13 artículos del mismo número de autores, y se adorna con las breves —pero no menos interesantes— intervenciones de Alberto del Castillo Troncoso y Miguel Ángel Berumen. En el prólogo, Del Castillo destaca el esfuerzo de los historiadores por dialogar con las imágenes fotográficas

y con fuentes complementarias para “construir distintos marcos de interpretación en torno a los hechos” (p. 12), empeño que resalta frente al maniqueísmo de la historia oficial. Cuenta también con una introducción y un epílogo; en el primero de estos apartados se exponen los objetivos de trabajo, de los cuales, señalo uno de ellos: “mostrar a un público más amplio esas nuevas formas de historiar, de conjugar la intertextualidad entre la imagen y las letras, entre las fuentes hemerográficas y gráficas, entre la literatura y sus contenidos históricos” (p. 18). La introducción también presenta de manera general la etapa que conocemos como Decena Trágica, y reseña, apuntando sus méritos, cada uno de los artículos que integran el libro. La presentación de la obra bien podría haber salido al dar lectura a ese apartado, pero no sería bien visto, pues con seguridad lo que se pretende es contar con una mirada externa, ajena, si no al tema, sí a la forma de historiar, para valorar el trabajo con imparcialidad.

Grosso modo, los 13 artículos que integran la obra pueden agruparse en cuatro modalidades de hacer historia, que tienen sus propios objetivos, fuentes y formas de trabajo, si bien los capítulos cruzan las fronteras y, por ello, resulta esquemático inscribirlos en una sola modalidad. Para esa clasificación me sirven las definiciones de John Mraz, quien, por cierto, destaca que “la Decena Trágica es el evento más fotografiado por los mexicanos” (p. 109), ya que, por lo que se asienta en diversos escritos, entre sesenta y ochenta fotógrafos

se echaron a la calle a documentar los sucesos. Noticia que hace evidente el impacto que debieron sufrir los habitantes de la Ciudad de México frente a la actividad bélica.

Pero vuelvo a las definiciones de Mraz, quien nos dice que si el objetivo al historiar imágenes fotográficas es cómo se representa, se hace historia de la fotografía, y cuando la finalidad es qué se representa, estamos en el campo de la ftohistoria. Así, me parece que en los cinco artículos que abundan en la historia de la fotografía, los actores principales son los fotógrafos, los reporteros gráficos, las agencias fotográficas y los vínculos de todos ellos con la prensa. Podría decir que tres capítulos más pertenecen al campo de la ftohistoria; son artículos más bien encaminados a usar la imagen como fuente para apuntalar la investigación histórica y ofrecer una nueva interpretación. En los ocho textos antes mencionados destacan como fuentes la prensa y las imágenes producidas por fotógrafos y reporteros gráficos. Por otra parte, cuatro más de los textos son de historia, aunque tres pueden situarse en el terreno de la historia política y uno en la historia de género. En todos ellos se incluyen imágenes fotográficas, y en un caso, caricaturas, para fortalecer el análisis o simplemente para ilustrar. Uno, por último, se ubica en el espacio de la historia del arte: “Borramiento de la historia: actores de la Decena Trágica”, de Esther Acevedo, autora que, a través de una pintura de Fernando Best, titulada precisamente *Decena Trágica*, y dedicada a Félix Díaz, se acerca a los hechos, y pro-

fundiza en la producción del pintor y en la de otros artistas de la época, entre los que Best ya no sobresalió. Paradójicamente, la obra se conserva en el Senado, seguramente sin que nadie sepa la historia que hay detrás y que Acevedo reconstruye y narra con maestría.

En la línea de historia política clasifico los siguientes trabajos: “Vidas paralelas: Reyes y Madero”, de Carlos Martínez Assad, que se ocupa de presentar la vida de dos de los protagonistas de este cruento episodio, destacando de manera particular la figura del general. También ubico ahí a “Los maderistas leales de la Decena Trágica”, de Pedro Salmerón Sanginés, donde el autor cuestiona, en función de los documentos recabados, las afirmaciones reiteradas en algunos testimonios de que Huerta envió “al matadero” a las fuerzas maderistas antes de consumir su traición. También incluyo en este grupo “El (lícito) engaño literario de Alfonso Taracena”, de Beatriz Gutiérrez Müller, quien hace un análisis de la crónica que escribió el periodista tabasqueño sobre la Decena Trágica en el primer tomo de *La verdadera Revolución mexicana*, para resaltar que, aunque se presenta el relato como apuntes autobiográficos —evidentemente, un recurso literario—, en realidad se basa en testimonios y en la consulta de notas de prensa, aunque también, agrego yo, en algunos hechos surgidos de su propia imaginación, pues como asienta Gutiérrez Müller, no pudo haberlos testificado y, dado que son tan personales, no pueden ser ratificados en otras fuentes.

El artículo de Martha Eva Rocha, “La lucha de las mujeres en

el maderismo. María Arias Bernal y Eulalia Guzmán”, lo ubico obviamente tanto en historia de género como en historia política, pues expone el compromiso militante de estas dos matronas, de un grupo numeroso de profesoras y del Club Lealtad, integrado por mujeres.

“La familia Mata y la Decena Trágica”, de Claudio de Jesús Vadillo López, “La percepción del desastre”, de Rosa Casanova, y “Victoriano Huerta: las imágenes del dictador”, de Rebeca Monroy Nasr, son los artículos que considero dentro de la línea de la fotohistoria. Dos tomas de la familia Mata Alatorre, otras tantas del justamente afamado *Diario del Hogar* y, además, haciendo uso de la tradición oral hogareña, permiten a Vadillo López reconstruir parte de la vida de los Mata Alatorre y referir a algunos temas de la cotidianidad familiar de la clase media. Por su parte, Rosa Casanova, con el apoyo de numerosas fuentes, así como de prensa ilustrada y fotografías, se propone analizar cómo se percibe la Ciudad de México en esas instantáneas que captaron la destrucción parcial de la moderna y modélica capital de la República, así como los sentimientos que se abrieron paso frente a los destrozos materiales y la pérdida de vidas. En cambio, Rebeca Monroy se propone ver a Huerta “en su día a día”, y hacer, de acuerdo con sus propias palabras: “un ejercicio, visual, textual e intertextual”. Pero no se queda sólo en el imaginario del general, sino que encuentra que, durante el régimen huertista, las imágenes se acentúan en tres agendas:

la del indígena vivo, la de Huerta y sus ámbitos de trabajo, en la que los fotógrafos pasan del apoyo a la crítica a través de la fotografía, y la de la militarización de la población.

Vale la pena resaltar que esas dos autoras, Casanova y Monroy, hacen hincapié en que, en esta etapa en México, se pueden percibir innovaciones interesantes en la fotografía: por un lado, la intención de captar el movimiento y las alteraciones de la vida diaria, y por otro, se abrieron nuevos caminos a la fotografía periodística y el diseño de las páginas (pp. 298 y 130). Samuel Villela manifiesta, por su parte, el interés por captar la instantaneidad y la tensión del momento (p. 179). Así, podemos constatar que, por lo extraordinario de la Revolución, se ensayaron en México, antes que en otros países, nuevos derroteros en la fotografía y en campos como la diplomacia, lo que he procurado demostrar.

Finalmente, los textos más numerosos son los encuadrados en historia de la fotografía: “La Decena Trágica: microcosmos y laboratorio” de John Mraz, establece un puente entre los dos últimos grupos de artículos citados por el trasfondo metodológico de su texto, en referencia con las preguntas que se hacen a la imagen, ya sea desde la historia cultural o de la historia social, aunque en su artículo se manejen ambas cuestiones: por un lado, “las imágenes como representaciones construidas por los fotógrafos y sus medios, y, además condicionadas por sus respectivos compromisos”, y, por otro, “lo representado en las fotos para obtener información sobre las re-

laciones sociales y el mundo material” (p. 126).

En cambio, Daniel Escorza Rodríguez, en “La trilogía de la lente fotoperiodística: Casasola, Garduño y Hernández”, se ocupa de profundizar en la vida e imágenes capturadas por tres fotógrafos de prensa: Gerónimo Hernández, Antonio Garduño y Agustín Casasola. En este mismo tenor, Samuel L. Villela F, en “Las fotos y los fotógrafos del ‘cuartelazo’”, destaca el realismo y la instantaneidad del fotoperiodismo y su interés en la captura de secuencias. En “Otra mirada, otra revolución”, Laura González Flores devela el proceso que dio origen al libro *Otras fotografías de la Ciudad de México 1910-1918*, y que inicia con el hallazgo de un archivo de fotografías viejas: “casi 1700 negativos y positivos en cristal,” en su mayoría estereoscópicas. Después de una minuciosa indagación, se atribuyó la autoría a Ángel Sandoval, tomas que resultan de sumo interés, pues no se trata de un profesional, sino de un aficionado que gustaba de vagabundear por las calles y capturar, primero, asuntos amables, y después, el apremio revolucionario. Por último, Arturo Guevara Escobar estudia una agencia comercial en “H. J. Gutiérrez, anuncios de ocasión, se venden postales”, aunque también se acerca a la propaganda publicitaria que, en la prensa, ofrecían diferentes colecciones de fotografía, tratando de resolver la pertenencia de las imágenes a través de los registros de la propiedad artística y literaria, si bien, cabe aclarar, dicha acción no se llevaba a cabo ni en la Secretaría de Jus-

ticia e Instrucción Pública, pues ésta no existía desde 1905, ni en ministerio alguno, pues en México, la Constitución de 1857, y luego la de 1917, establecen el sistema de secretarías de Estado.

A pie de página de su artículo, Rebeca Monroy narra mi intervención durante el Coloquio Académico y Exposición Fotográfica de 2013 en torno a la denominación de esta etapa. Quiero insistir en ella. En general, los historiadores somos muy puntilleros al revisar los asuntos del pasado, nos gusta la precisión, de ahí, quizá, la lentitud de nuestro trabajo. Por ello, llama la atención que no se tratara de enmendar un error aparentemente numérico, pero que en el fondo, sostengo, es de interpretación, de la denominación de ese cruento episodio. No fueron 10 sino 15 los días en los que la Ciudad de México, primero, y el país después, se sumieron en la fatalidad. Así lo destacué tanto en el Coloquio como en el artículo: “Victoriano Huerta y la quincena trágica, o lo que es lo mismo: cuando se tiene la sartén por el mango..., el general hace lo que quiere”. No podemos menos que admitir que fueron los golpistas, con más precisión, los felicistas, quienes dieron el nombre “decena trágica” a este episodio, aunque también lo llamaron “decena roja” —para significar que la patria se había salvado del régimen maderista en general, y de la intervención extranjera en particular—. Precisamente son 10 días —una decena— si contamos desde el 9 de febrero, fecha del pronunciamiento, hasta el 18, fecha de la aprehensión de Made-

ro. Los días siguientes para ellos fueron los de la victoria, y no los tomaban en cuenta como parte de la fatalidad. Aurelio de los Reyes sostiene que el 25 de febrero, en la prensa, aparecieron anuncios para informar sobre la inminente exhibición de las vistas cinematográficas de la Decena Trágica.¹ Lo mismo aseguró Arturo Guevara, durante el coloquio, para los avisos de venta de postales y álbumes fotográficos.² Al admitir publicidad en la prensa que los apoyaba, se hacía evidente que los vencedores estaban de acuerdo con esa denominación, que equivalía a descalificar a Madero por la sangre que se había derramado y las penurias que habían sufrido habitantes de la Ciudad de México, o quizá, por el deseo de granjearse la simpatía de los capitalinos al poner énfasis en sus congojas de aquellos días.

Por supuesto, cabe preguntarse: ¿por qué los constitucionalistas, al triunfar, no cambiaron la divisa? En mi opinión, y así lo he sostenido, no la enmendaron porque el patronímico era lo suficientemente fuerte y gráfico para mantener el recuerdo de los sucesos, y si nadie reparaba en el error numérico-interpretativo, no se hacía necesaria la modificación. Además, por su

¹ Ponencia: “La Decena Trágica en películas”, El Colegio de México, 7 de febrero de 2013.

² Ponencia de Arturo Guevara: “Heliodoro J. Gutiérrez, anuncios de ocasión, se venden postales”, 6 de febrero de 2013. Debo hacer notar que ya en el artículo, sin hacer referencia a mi participación, como lo hace Rebeca Monroy, el autor indica que este suceso abarca una quincena y no una decena de días, dato que no incluyó en su ponencia.

fuerza, el nombre ya había arraigado entre la gente. Sólo se necesitó cambiar el sentido: este episodio era trágico no por la responsabilidad de Madero, sino por culpa de los sublevados: los que prepararon el primer golpe militar, Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón, y los que encabezaron el segundo, Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet. Por cierto, esto último me ha llevado a proponer, para mejor explicación de estos días, que durante la quincena trágica, que va del 9 al 24 de febrero, hubo dos cuartelazos.³ Quince días exactos, que van del levantamiento encabezado por Bernardo Reyes y seguidores a la entrega del

³ Desde hace 30 años vengo sosteniendo esta interpretación, por ejemplo, en “Victoriano Huerta, un militar de carrera en la institución presidencial”, en William Fowler (coord.), *Presidentes mexicanos (1824-1911)*, México, in herm, 2004, vol. ii, pp. 35-54. De hecho, aceptar que hubo dos golpes no invalida la posibilidad de que cuando se preparaba el primero, los organizadores se hubieran puesto en contacto con Huerta. Los reyistas, que buscaban adeptos, debieron haber acudido a otro reyista como lo había sido Huerta. Rafael Zayas Jr. afirma que, desde el 10 de enero de 1913, los complotistas quedaron desligados de Huerta y Aureliano Urrutia, pues éstos consideraban que “no era conveniente levantarse así”. Carta de Rafael de Zayas a Marius Zayas, 24 de agosto de 1913, en Antonio Saborit, *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Una antología*, México, Ediciones Cal y Arena, 2013, p. 337; Antonio Saborit, “2ª. de Mérida 51. La Decena Trágica en la escritura de Rafael de Zayas”, en Javier Garcadiago y Emilio Kouri (comps.), *Revolución y exilio en la historia de México: del amor de un historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz, México*, El Colegio de México / Centro Katz / The University of Chicago / Era, 2010, pp.159-172.

cadáver de Madero a sus familiares, periodo en el que se transitó de un proyecto democrático a otro de corte autoritario y pretoriano. Sin embargo, he insistido en que a través de sus declaraciones, Huerta nunca se presentó como continuador del régimen porfirista, y sí, en cambio, reconoció la necesidad de resolver los problemas sociales puestos en evidencia por la Revolución. Sin duda, ello le permitió liderar una tercera alternativa: cambios, pero dentro del orden impuesto por la mano militar.

Así, pues, si funestos fueron los primeros 10 días, siniestros fueron los cinco que siguieron. Si resultaron trágicos los días iniciales por los muertos y los heridos en las re-friegas, también lo fueron aquéllos en los que se asestó un golpe fatal a la vida cívica de los mexicanos: el asesinato del presidente democrática y popularmente electo por la ciudadanía.

En pleno siglo xxi, me parece innecesario reivindicar la importancia de la imagen como fuente y el papel relevante que desempeña la prensa para la investigación histórica. No obstante, si se insiste en que, como toda fuente,

ambas son parciales, por ello deben someterse a la crítica y confrontación. En la actualidad más bien tenemos que insistir en cómo se trabajan y para qué, y hacer investigación rigurosa con ellas. Precisamente, en el interesante libro que hoy celebramos, que exhibe una mirada distinta sobre esta etapa, encontramos trabajos que son ejemplares por ese ejercicio crítico. No hay que perderlos de vista.

Dos observaciones más para terminar. La primera: a diferencia de la historia política, que por supuesto anota los estragos de la violencia en la Ciudad de México, los acercamientos por la vía visual hacen de la destrucción el tema central. Ello lleva a preguntarme: ¿habría forma de hacer un inventario de daños para valorar el menoscabo causado a la Ciudad de los Palacios?

La segunda: prácticamente todos los textos asumen una posición crítica hacia el cuartelazo, pero no hacia Madero, lo que me lleva a apreciar que, si bien se conoce y se cita la historiografía sobre fotohistoria y la fotografía, no se profundiza —hablo de manera

general— en la historia política. Me da la impresión de que los historiadores nos hemos encerrado en las fronteras que nosotros mismos hemos trazado a nuestro campo de estudio y difícilmente las cruzamos o lo hacemos de manera titubeante, cuando habría que aprovechar los beneficios de todos los enfoques posibles para la interpretación histórica.

Profundizar en la “Quincena Trágica” significa encarar mitos fuertemente arraigados, por ejemplo, el del apóstol y el del chacal, o las afirmaciones vertidas por los testigos, que muchas veces tienen por objetivo justificar su posición. Para deconstruir esos mitos y argumentar nuevas interpretaciones, el historiador tiene que echar mano de todos los recursos posibles, y este libro nos muestra que es posible hacerlo desde la imagen. Como señalan los coordinadores en el epílogo, es preciso “develar, por doloroso que sea, de manera compleja y más completa, los eventos que nos aquejan y que nos mueven en nuestras más profundas entrañas” (p. 334).

Lean el libro, les va a gustar; consúltenlo, les va a ser útil.